



Daniel Jiménez

Las dos muertes de Ray Loriga



Galaxia Gutenberg

DANIEL JIMÉNEZ

Las dos muertes de Ray Loriga

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2019

© Daniel Jiménez, 2019
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 498-2019
ISBN: 978-84-17747-02-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para María, ella sabe por qué

Los escritores mueren dos veces, primero
sus cuerpos, luego su obra.

LEONARD MICHAELS

Cuando dos agentes de la policía metropolitana de Buenos Aires encontraron el cadáver de Ray Loriga en un hospedaje del barrio de La Boca, éramos pocos los que aún nos acordábamos de *Lo peor de todo*, de *Tokio ya no nos quiere* y de Saúl Trífero.

–Mirá –dijo uno de los agentes mientras registraba el lugar–, es él.

–¿Es quién? –dijo el otro sin entender.

–Ray Loriga, el escritor de este libro.

Le entregó a su compañero *Rendición*, la última novela que había publicado Ray en vida. El otro la sujetó, la abrió por una página al azar, la volvió a cerrar.

–No hay signos de violencia, la puerta estaba cerrada por dentro, los demás huéspedes no oyeron nada. Por ahí que se trata de un suicidio. ¿Vos qué pensás? –dijo el policía que había descubierto la novela de Ray entre los libros que había sobre la mesilla.

–Y supongo que se hartó de escribir, que ya no tenía nada más que contar –dijo el otro sin mucho interés, y añadió–. Fin de la historia.

Los policías se miraron intentando no reírse por la ocurrencia. Sin embargo, estaban equivocados. Un escritor muerto no puede seguir escribiendo, eso es cierto, pero los demás sí podemos hacerlo por él.

EL HÉROE

Quizá lo más cerca que podamos estar de la muerte es escribiendo, en el sentido de que escribir es ausentarse de la vida, un abandono provisional del mundo y de nuestras nimias tribulaciones para intentar ver las cosas con mayor claridad. Escribiendo, uno da un paso atrás y al lado respecto de la vida para verla con mayor desapego, tanto de manera más distante como más próxima. Con una mirada más firme. Escribir te permite dar las cosas por zanjadas: los fantasmas, las obsesiones, los remordimientos y los recuerdos que nos despellejan vivos.

Apuntes sobre el suicidio
SIMON CRITCHLEY

Nuestro optimismo no está justificado

Hacia apenas un mes que cuatro amigos habíamos publicado *Los escritores plagiaristas*, un libro irreverente y también honesto en el que se rendía homenaje a escritores como Enrique Vila-Matas, Roberto Bolaño, Georges Perec y el propio Ray Loriga. Él tuvo tiempo de leerlo antes de morir. Yo mismo se lo entregué el día que nos conocimos, una tarde de finales de mayo del año 2017. Ray estaba firmando ejemplares de su obra en una caseta de la Feria del Libro de Madrid. Me acerqué allí con mi ejemplar de *Rendición*, la novela con la que Ray había ganado el Premio Alfaguara. Había seis personas haciendo cola delante de la caseta. Una mujer en la treintena, un anciano, dos adolescentes y tres tipos que rondarían mi edad y que estaban hablando en voz baja de las últimas desdichas que al parecer había sufrido el autor de *Héroes*. Esperé unos minutos hasta que llegó mi turno.

—Hola, Ray —le dije—. Me llamo Daniel Jiménez. Es un placer conocerte.

—El placer es mío, Daniel —dijo Ray sin asomo de sarcasmo en su voz.

Le ofrecí mi ejemplar de *Rendición* al mismo tiempo que sacaba de una bolsa *Los escritores plagiaristas*. Le entregué los dos a la vez. Cogió primero el nuestro, miró la portada.

—Este libro me suena —dijo.

—Lo acabamos de publicar y queríamos dártelo porque nos gustaría que lo leyeras. Hablamos de ti. Lo hemos escrito con cariño y respeto.

Ray lo estaba hojeando y trató de hablar, pero yo le interrumpí y seguí diciendo que lo habíamos escrito con mucho ca-

riño y respeto y sin ganas de ofender a nadie, lo cual no era del todo cierto.

–Alguien me ha hablado de este libro –dijo Ray–. ¿Lo has escrito tú?

–Lo hemos escrito entre cuatro –le dije–, con cariño y respeto.

No me avergüenza reconocer que estaba nervioso. En un momento de mi vida, desesperado y perdido, inédito y torpe, habría dado lo que fuera por escribir como Ray Loriga. Esa sensación se diluyó con el paso del tiempo, pero aun así no podía evitar sentir que estaba delante de uno de mis héroes. Un héroe que había sido derrotado y que había sufrido y que ahora había resurgido y seguía escondiendo sus cejas furiosas de antaño tras unas gafas de sol oscurísimas. Un héroe frágil, alejado de las grandes gestas y sin una epopeya a sus espaldas, pero un héroe al fin y al cabo.

Dos semanas después, un domingo, volví a la Feria del Libro con la intención de encontrarme de nuevo con Ray Loriga. Él me propuso que me pasara ese día para tomar una cerveza después de su última sesión de firmas. Llegaba tarde y pensaba que ya no nos íbamos a ver, pero entonces nos cruzamos en el Paseo de Coches. Ray iba acompañado de su jefa de prensa. Yo iba secundado por los otros tres escritores plagiaristas, Félix Blanco, Daniel Remón y Minke Wang. Saludamos a Ray y él nos dio un abrazo como si fuéramos viejos camaradas que se reencuentran al volver a su país después de un largo exilio. La jefa de prensa se marchó, no sin antes recordar a Ray que tenía una entrevista importante esa misma tarde. Se lo dijo como si fuera una amenaza o una advertencia. Ray le dio un beso muy cerca de los labios, se separó de ella y nos dijo: Adelante, plagiaristas, vamos a tomar esa cerveza.

Compramos cinco cañas y nos sentamos en la hierba. Ninguno de nosotros, los plagiaristas, dijo gran cosa aquel día. Ray, en cambio, no paró de hablar sobre todos los temas que le venían a la cabeza, que eran muchos. Su novela, nuestro libro, Vila-Matas, las entrevistas, México D.F., el orgullo gay, los chinos que vinieron a España en los setenta, el ajedrez, Beckett, los monos, una periodista que le había confundido con un borracho hacía

tres años y que ahora le idolatraba, su madre, algunas drogas de las que nadie se acuerda, el matrimonio, las leyes, el calor, la gira por Latinoamérica que tenía por delante, los impuestos, sus hijos, su teléfono móvil, el rock y la mafia. Puede que hasta se me olvide alguno. Cuando me acabé mi cerveza me di cuenta de que Ray apenas le había dado un trago a la suya. Cogí su vaso sin pedirselo y rellené el mío. Ray seguía hablando, mirándonos a todos a la vez, como si fuéramos sus mejores alumnos, sus discípulos más fieles, sus propios hijos. Sois unos canallas, nos dijo al final de su monólogo, justo antes de decirnos que ya era hora de volver a casa.

Le dimos la mano uno por uno, con formalidad, pero esta vez no nos abrazamos. Ray se dio la vuelta y empezó a caminar torpemente, quizá por el cansancio acumulado, quizá por el calor, quizá por la urgencia o el alcohol, pero Ray apenas había bebido. Cuando se había alejado unos metros se paró en seco, se volvió y nos dijo:

–Plagiaristas, podéis contar conmigo.

Luego se dio media vuelta y siguió andando de esa manera desajustada.

Esa fue la última vez que le vi.

Conseguí su email unos días después. Llamé a la editorial y me pasaron con la mujer que le acompañaba en la Feria.

–Soy Daniel Jiménez. Me gustaría entrevistar a Ray Loriga.

–Hola, Daniel, soy Melca Pérez. Ray está ahora de gira por Latinoamérica, pero te puedo pasar su dirección de correo electrónico para que te pongas en contacto con él.

Esa mañana le envié un mensaje en el que le daba las gracias por el rato que pasamos en El Retiro. Pero en lugar de pedirle una entrevista, le propuse otro proyecto, una idea que me había rondado varios años por la cabeza: escribir una biografía sobre él, escribir un libro sobre su obra y sobre su vida y sobre todo lo que hubiera ocurrido a su alrededor, lo que hubiera visto y dicho y escrito. Sus logros y sus fracasos, sus esperanzas y sus deudas. Todo.

Envié el email y me fui al restaurante vegano donde trabajaba de camarero. Durante todo el turno no dejé de pensar en ello.

¿Habría sido demasiado directo en mi propuesta? ¿Me habría excedido? ¿Habría abusado de su confianza? Cuando volví a casa encendí el ordenador, entré en mi correo y encontré su respuesta:

«Querido Daniel, ahora estoy fuera de España, cruzando charcos, y no tengo tiempo ni ganas de nada, pero como te dije aquel día, sobre la hierba, podéis contar conmigo.»

El mensaje terminaba con una revelación dramática y premonitoria.

«Si vas a hablar de mi vida también tendrás que hablar de mis muertes. La prensa me ha dado por muerto muchas veces. Y nada me gustaría más que matarme a mí mismo en broma, o en serio, algún día.»

El email que le envié agradeciéndole su mensaje y dándole ánimos para afrontar la gira y las presentaciones pendientes nunca obtuvo respuesta. Un mes después apareció el cadáver de Ray Loriga en Buenos Aires, en una pensión de La Boca, mientras yo servía un plato de seitán con salsa hoisin y una lasaña crudivegana a una pareja de canadienses que había venido al restaurante porque teníamos una buena puntuación en TripAdvisor. Al llegar a casa me enteré de la noticia y, después del colapso que sufrí, me entraron unas ganas terribles de ponerme a llorar.

La mayoría de las veces las cosas no salen como uno espera; salen peor.

*

Rendición, la novela con la que Ray Loriga ganó el Premio Alfaguara, empieza así: «Nuestro optimismo no está justificado». La presentó al concurso bajo seudónimo y con un título diferente. Más de seiscientas novelas enviadas desde diecinueve países optaron al premio en su vigésimo quinta edición. Tras conocerse el fallo del jurado, y como es preceptivo, comenzaron las dudas acerca de su decisión. Muy pocos escritores confían en la ecuanimidad de estos premios, pero aun así no faltan quienes presentan sus obras a estos concursos. Yo mismo había presentado una

novela al Premio Alfaguara que coronó a Ray Loriga. Se trataba de una novela sobre la vida de un mendigo, escrita en apenas tres meses, con una trama sencilla y un estilo directo y sin alardes. Una novela a todas luces peor que la novela que finalmente fue premiada, si aceptamos que existen razones objetivas para decidir que una novela es mejor que otra. En cualquier caso, yo no tuve dudas del criterio del jurado puesto que, en lo que a mí respecta, Ray me había superado.

Si un escritor admite que otro escritor es mejor que él, en el fondo está diciendo que él también es un buen escritor. En el año 2007, Ray Loriga incluyó en un libro titulado *Días aún más extraños* una carta escrita «con cariño, desde el infierno», que estaba dirigida al escritor argentino Rodrigo Fresán. Aquel tiempo no fue la mejor época de Ray. Llevaba tres años sin publicar una novela, empezaba a estar mayor para alargar las noches y derribar hoteles, el dinero comenzó a ser un problema y su matrimonio había llegado a su fin. Si existe la crisis de los cuarenta, Ray estaba pasando la peor de todas, esa que te lleva a dudar de ti mismo y de tus capacidades, de tu lugar en el mundo, y de los motivos por los que vale la pena seguir con vida y seguir escribiendo.

«La ficción se me escapa. Supongo que entre nosotros hay quien se hace con ella, y quien no.» El texto, que Ray define como un «largo preámbulo», no como una carta «ni por supuesto una nota de suicidio», rezuma hastío y desesperanza. Parece el largo lamento de un escritor que sabe que nunca llegará a ser un gran escritor. Parece una disculpa a los lectores, una llamada de auxilio a los amigos, una excusa para no levantarse de la cama. Parece el último intento de levantar el vuelo de un ave con las alas cercenadas.

No hay nada más incoherente que un escritor que no quiere escribir.

«Seguramente, querido Fresán, no he encontrado nunca antes, antes de mí y después de Beckett, sé que alguien me fusilará por esta frase pero estoy dispuesto a morir por ella, tal falta de fe en la ficción, tanta pesadumbre ante lo inútil de narrar lo construido previamente, el empeño de relatar lo inventado

como real, o el absurdo paralelo de darle a lo real una forma literaria.»

La escritura como quimera.

«Ni esta escritura es la atolondrada escritura de la juventud, cuando aún teníamos esperanzas de ser los escritores que leíamos, en lugar de los escritores que somos.»

La escritura como fracaso.

«Porque parece imposible librarse del todo de este hábito, querido Fresán, porque me temo que no tenemos más remedio que tratar de escribir una vez más.»

La escritura como condena.

Entre los miembros del jurado del Premio Alfaguara que seleccionaron la novela *Rendición* no estaba Rodrigo Fresán, pero sí Juan Cruz, Marcos Giralte Torrente y Santiago Roncagliolo, todos ellos buenos amigos de Ray. De ahí las suspicacias. De ahí los enfados y las protestas de los otros participantes. Teniendo en cuenta que Ray era, además, lo que se llama un autor de la casa, porque había publicado previamente en la misma editorial que organizaba el premio, algunas personas consideraron que tampoco era descabellado que el fallo no hubiera sido del todo imparcial. ¿Qué puedo decir? Me niego a creer que existiera una confabulación, pero nunca podremos saber si hubo alguna novela, entre las más de seiscientas que se presentaron al certamen, que fuera mejor que la premiada. Lo que no se puede negar es que la novela de Ray Loriga es por sí sola merecedora de la distinción que alcanzó. ¿Qué pasó entonces por la mente de Ray para quitarse de en medio cuando había logrado alzar de nuevo el vuelo? ¿Acaso el premio no fue suficiente para él? ¿Es posible que el renovado reconocimiento del mundillo literario, en vez de ser su salvación, propiciara el desastre?

En el año 2007, un Ray Loriga en crisis se despedía del autor de *Historia argentina* de la siguiente forma: «Quién sabe, amigo Fresán, tal vez algún día esta larga lista de derrotas me sirva para alzarme con una merecida victoria».

Esa es la palabra clave: victoria.

Esa palabra fue el título que eligió Ray para presentar su novela al Premio Alfaguara, la novela que luego se llamó *Rendi-*

ción y que fue la última que escribió. Su última y merecida victoria. Su testamento. Una forma violenta, pero también hermosa, de decir adiós.

*

A la pregunta recurrente que se le suele hacer a un escritor, por qué escribe usted, suele suceder la recurrente respuesta, porque no sé hacer otra cosa. Vila-Matas, quien para estas cosas siempre suele tener una buena cita a mano, real o inventada, escribió que esa respuesta tan convincente y genial salió por primera vez de la boca de Samuel Beckett. Cuando estuvimos con Ray Loriga en el parque de El Retiro, él aseguro que después de Beckett no había más que vacío. Solo Minke Wang pareció entender aquello, aunque los demás asentimos por compromiso o sumisión.

¿Por qué los periodistas se empeñan en saber por qué escribe un escritor cuando eso es lo único que puede y debe hacer un escritor? La pregunta no debería ser por qué escribe un escritor, sino por qué no puede dejar de hacerlo.

En una de las entrevistas que concedió Ray Loriga después de recibir el Premio Alfaguara respondió así cuando le preguntaron por qué escribía: «¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso alguien le pregunta a un zapatero por qué hace zapatos? Yo escribo libros porque soy escritor. No hay que darle más vueltas ni mayor importancia».

Cuando estuve promocionando *Cocaína*, mi primera novela, esperaba que me hicieran esa pregunta porque había memorizado una respuesta que creía genial, romántica y trágica, propia del escritor maldito y desheredado que me había propuesto ser. Pero esa pregunta no llegó. Resultaba obvio que escribía para mitigar las convulsiones que me producían la adicción a la cocaína, el suicidio de mi hermana y el fracaso de mis aspiraciones literarias, hasta que lo uno se mezcló con lo otro y me fue imposible discernir si escribía para dejar de esnifar, o esnifaba para poder escribir, o escribía y esnifaba para ahuyentar las ganas de seguir el ejemplo de mi hermana.

Albet Camus escribió: «Vivir, naturalmente, nunca es fácil. Uno sigue haciendo los gestos que ordena la existencia por muchas razones, la primera de las cuales es la costumbre. Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea insistentivamente, el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento».

Un escritor puede suicidarse por muchas razones. Entre ellas, la más dramática es la de aquel que se quita de en medio porque sus libros no han sido publicados o valorados. Hay decenas de escritores que se suicidaron para llamar la atención sobre su obra, como protesta o como reproche macabro a la comunidad literaria. Pero no todos los escritores suicidas han escrito una obra maestra como John Kennedy Toole.

El escritor Édouard Levé envió a su editor una novela que se llamaba *Suicidio* unos días antes de quitarse la vida. La novela reproduce la forma en la que su protagonista se mata, la misma que usó Levé para escenificar su despedida. El libro que dejó para la posteridad es valiente y conmovedor. A pesar de ello, su autor es poco conocido por los lectores, y los escritores que hablan de él suelen mencionarlo por el morbo de la anécdota y la fascinación o la indiferencia que sienten hacia esta fatalidad.

En otro de los libros de Levé, *Autorretrato*, el francés se describe a sí mismo a través de sus preferencias, hábitos, manías, obsesiones, pensamientos, creencias, acciones y omisiones. La obra, anterior, por supuesto, a *Suicidio*, y superior a esta en elegancia y originalidad, termina de la siguiente forma:

«Creo que hay una vida después de la vida, pero no una muerte después de la muerte. No pregunto si me quieren. Solo podré decir una vez sin faltar a la verdad: Me muero. El mejor día de mi vida quizá ya haya pasado.»

Ray Loriga tenía cincuenta años cuando murió (¿o debería decir cuando se suicidó?). A esa misma edad murió Roberto Bolaño. Más allá de esta coincidencia, existen escasas similitudes entre ambos sucesos. Bolaño murió a la espera de un trasplante de hígado. Ray murió en circunstancias extrañas y los resultados de la autopsia no fueron revelados a la prensa. La

teoría que se impuso casi al instante fue la del suicidio. Ray Loriga se había suicidado, y aunque nadie sabía por qué, en los periódicos se publicaron en los días sucesivos las declaraciones de otros escritores, de sus amigos, de algún crítico, y de esos periodistas que siempre tienen algo que decir, ocurra lo que ocurra.

Se suicidó para engrandecer su obra literaria.

Un acto derivado del miedo a sus propios fantasmas.

Un suicidio motivado por el afán de exhibicionismo.

El vértigo tras el ascenso le generó un anhelo irrefrenable por desaparecer.

Un gesto fatídico pero coherente con su concepción de la literatura.

Ninguno de los que hicieron estas afirmaciones podía saber la verdad. Todavía no. No hay nadie en el mundo que pueda adivinar los motivos concretos por los que Ray Loriga, o cualquier persona, decide terminar con su vida. Ni siquiera Albert Camus. Aunque los dejen por escrito, aunque se los revelen a un confesor, aunque los griten antes de saltar al vacío, los suicidas no llegan a entender la dimensión de su acto y la inextricable red de causas que los llevan a cometer un asesinato contra ellos mismos hasta que ya es demasiado tarde.

Escritores como Larra, Jack London, Virginia Wolf, Yukio Mishima, Hemingway, Silvia Plath y David Foster Wallace dejaron centenares de pistas falsas sobre por qué tomaron esa decisión irrevocable. Todos ellos tenían motivos para acabar con su vida. Desamor, frustración, incompreensión, dolor, amargura, tristeza, depresión. Uno no se quita de en medio de un día para otro. Normalmente se rumia la idea a lo largo de toda una vida, se valoran los pros y los contras, como si se tratase de hacer una inversión, qué voy a ganar con ello, qué voy a perder, hasta que el miedo y la sinrazón dominan la mente y se decide, o se impone, acabar con la agonía.

Marta Sanz afirmó en una entrevista que «se escribe un libro para entender todo lo que no entiendes». Ray Loriga escribió en casi todos sus libros sobre el suicidio, de una forma explícita o mediante alusiones. Personajes que se suicidan, pro-

tagonistas que se lo plantean, narradores que reflexionan en voz alta sobre ello.

Al día siguiente de la muerte de Ray, hablé por teléfono con uno de sus amigos, el periodista Miguel Munárriz. Se habían conocido en los años noventa, cuando Munárriz dirigía *La Esfera*, el suplemento cultural de *El Mundo* en el que colaboraba Ray. Miguel me habló de esos tiempos y de la libertad con la que se escribía entonces, del ambiente festivo e intelectual que se respiraba en la redacción, del papel de los escritores jóvenes en la renovación del endogámico mundillo literario. Me habló de una de las últimas conversaciones que tuvo con Ray, antes de que se supiera que iba a ganar el Premio Alfaguara.

Durante esa charla amistosa, y después de que ambos se hubieran bebido más cervezas de las habituales, Ray le confesó a Miguel que lo había pensado muchas veces. Le dijo: «Lo he pensado muchas veces, eso es cierto, pero no lo voy a hacer. No pienso suicidarme. Ya se suicidó Foster Wallace. Foster Wallace nos mató a todos con su ejemplo. Ahora tengo hijos, tengo ciertas responsabilidades. El momento se ha pasado. Además, qué coño, la vida me divierte. A veces no, a veces me aburre, pero a veces, también, me divierte».

He ahí otra posible razón para quitarse de en medio de una vez por todas. El cansancio, el tedio, y la asfixiante sensación de que nada volverá a ser como antes, cuando fuimos jóvenes y heroicos, cuando la vida no iba en serio y el futuro era definitivamente nuestro.

¿Quién podía imaginar que el éxito sería capaz de destruir a Ray Loriga?

El propio Foster Wallace, en una conversación con David Lipsky, aseguró que «la mayor suerte de todas es tener *pronto* algún éxito en la vida para así averiguar *pronto* que el éxito no importa nada. Lo cual implica iniciar *pronto* el proceso de averiguar lo que *sí* importa algo.»

Pero ¿qué es lo que *sí* importa algo para un escritor suicida?

Seguí hablando un rato más con Miguel Munárriz sobre Ray, sobre su obra, sobre su familia y sobre su afición a la bebida malteada. Luego le di el pésame y colgué el teléfono con la

sensación de haber sobrevivido a un naufragio. Si era verdad que Ray Loriga se había suicidado me iba a resultar muy difícil mirarme al espejo y eludir la mirada de mis propios fantasmas.

*

Mi hermana se suicidó cuando tenía veintinueve años. Me resulta imposible escribir este libro sin acordarme de ella. En *Cocaína* también hablé sobre este hecho, intenté comprender ese gesto y digerirlo, usé la literatura para anular mi miedo a repetirlo, y luché día a día contra ese temor aferrado a un turulo y a una bolsita de farlopa. No se puede decir que esa sea la mejor manera de enfrentarse a un proceso de duelo, pero mediante la adicción y su tratamiento literario logré silenciar el verdadero problema de fondo: las ganas de matarme.

La última vez que vi a mi hermana era domingo y yo estaba de resaca. Quedé con ella a las tres de la tarde en Antón Martín y de allí bajamos al barrio de Lavapiés. Era mayo y hacía un día soleado, así que comimos en una terraza de los muchos restaurantes indios que hay por la zona. Tomamos arroz, pollo con curry, pan de pita con queso, y bebimos cerveza Cobra. Hacía varios meses que ella había vuelto a *no estar bien*. Tartamudeaba, decía incoherencias y a todas horas estaba inquieta, como en estado de alerta, esperando el ataque de un depredador que podía llegar en cualquier momento. Lo más impactante era su mirada. Sus ojos estaban muy abiertos y sus pupilas estaban siempre dilatadas, consecuencia de haberse pasado días e incluso semanas sin hallar descanso. Mi hermana me dijo que no era capaz de saber con precisión cuánto tiempo llevaba sin dormir. Es horrible, dijo, ya no soy capaz de distinguir lo que es real de lo que no lo es. Me dijo que había dejado de tomarse la medicación y yo intenté convencerla de que volviera a hacerlo. Si persistía en su renuncia a seguir el tratamiento, la única opción que nos dejaba era el ingreso hospitalario. Ella me dijo que no estaba dispuesta a volver a pasar por eso. Me dijo que prefería estar muerta a estar encerrada. Terminamos de comer y dimos un pa-

seo. Caminamos el uno al lado del otro. A veces nos parábamos y nos dábamos un abrazo. Intenté desmontar sus delirios y traerla de vuelta a la realidad, pero era imposible. Estaba enajenada. Sin darnos tiempo a reaccionar, había dejado de ser la persona que siempre había sido, una mujer amigable, inteligente, divertida, generosa, y se había convertido en un fantasma.

Entramos en una librería y traté de recomendarle algunos libros. ¿Tú crees que necesito llenar mi cabeza con más fantasías?, me dijo ella. Los dos nos reímos con naturalidad, sin poder evitarlo, y en ese momento noté que su angustia disminuía y pensé que aún estábamos a tiempo de salvarla, que esta vez también se pondría mejor, como lo había hecho las otras veces, que la locura que la atenazaba era una enfermedad transitoria y no congénita, que algún día ella volvería a ser feliz. Me equivoqué.

Antes de irnos quise comprar un libro y fue ella quien lo pagó. La obra agrupaba tres libros de poemas de Michel Houellebecq bajo el título de *Supervivencia*. En aquella época todavía estaba fascinado por la poética del dolor y la nada del escritor francés. Al salir de la librería leí la primera página. Houellebecq había escrito: «El mundo es un sufrimiento desplegado. En su origen hay un nudo de sufrimiento. Toda existencia es una expansión, y un aplastamiento. Todas las cosas sufren, hasta que son. La nada vibra de dolor, hasta que llega al ser: en un abyecto paroxismo».

El mundo es un sufrimiento desplegado. De eso no había duda. Sin embargo, pensé, este farsante sigue con vida.

Le di las gracias a mi hermana. Ella quiso saber de qué trataba el libro y le dije que por el momento era mejor que no lo supiera. Desde aquella tarde y en los días sucesivos empecé a pensar que Houellebecq era en realidad un falso profeta precisamente por seguir con vida. Una vez más, estaba equivocado. La literatura es una forma de supervivencia. Ese es el último regalo que me hizo mi hermana: una revelación literaria.

Fuimos paseando hasta las calles del centro. En el camino enumeramos una serie de cosas que ella debería hacer para darle sentido a su vida. Acudir de nuevo al psiquiatra, retomar la medicación, quedar con más frecuencia con sus amigos, salir a ha-

cer deporte, reincorporarse cuanto antes al trabajo, llamar cada día a alguno de nosotros, a sus hermanos o a nuestros padres, para contarnos cómo se encontraba y decirnos si necesitaba algo. De ahora en adelante, le dije, deberíamos vernos más a menudo, tal vez podríamos hacer todos juntos un viaje, como cuando éramos niños.

Recorrimos la Gran Vía y llegamos a la plaza de los Cubos. Decidimos entrar en el cine. Vimos la última película de Michel Gondry, *Be Kind Rewind*, una ficción sobre la necesidad de hacer ficciones y cómo estas logran transformar la realidad. Ella no le prestó mucha atención a la pantalla. Cuando salimos del cine me dijo que no le había gustado. ¿Por qué?, le pregunté. La vida no puede dar marcha atrás, no puede reescribirse, sentenció ella. En la ficción sí, le respondí yo. No, dijo ella, ni siquiera en la ficción.

Nos despedimos en la esquina de la calle Princesa con plaza de España. Nos dimos un abrazo y quedamos en vernos la semana siguiente para salir juntos a correr por El Retiro o por las calles anchas de La Majada. Cuatro días después hablé con ella por teléfono y su voz no parecía la suya, era como si me estuviera hablando desde el otro lado del mundo y de las cosas. Siete días después de nuestro último encuentro, un domingo de mayo, minutos antes del atardecer, mi hermana ató el cabo de una cuerda a una barandilla y con el otro hizo un nudo y se lo echó al cuello. Y luego dio un salto. Y desde ese momento se desplegó sobre mi vida todo el sufrimiento y el dolor y el sinsentido que hasta entonces nada más había intuido en los libros y en las vidas de los demás. Pero la impotencia y la rabia y los problemas mentales que genera la muerte voluntaria no se pueden transmitir, y es mejor que sea así. De lo contrario, yo mismo habría usado esa misma cuerda.

Pero un escritor muerto ya no puede escribir.

De ahí la importancia de seguir vivo.